Del pueblo de los indios me trasladé á la catarata de Niagara. La descripcion de ésta, colocada al fin de la *Atala*, es sobrado conocida para reproducirla; y forma ademas parte de una nota sobre el *Ensayo histórico*; pero hay en esta misma nota algunos pormenores tan íntimamente enlazados con la historia de mi viage, que creo deber repetirlos aquí.

En la catarata de Niagara, por egemplo, habiéndose roto la escalera indiana que habia en otro tiempo, á despecho de las reflexiones de mi guia, me empeñé en bajar al pie del salto por una roca perpendicular de mas de doscientos pies de elevacion, y corrí ciertamente gran peligro. A pesar del bramido de la catarata, y del espantoso abismo que bullia debajo de mis pies, conservé la serenidad, y llegué hasta unos cuarenta pies del fondo; mas en este punto, la roca pelada y vertical no presentaba ya raices ni hendiduras en donde poder poner el pie. Permanecí suspendido á plomo de las manos, sentia que los dedos se me abrian poco á poco de cansancio por el peso de mi cuerpo, y veia la muerte inevitable: pocos hombres habrán pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre el abismo de Niagara. En fin, se me abrieron las manos y caí; mas por una fortuna inaudita, me encontré sobre la peña viva; en donde debia haberme estrellado, y sin embargo conocí que no me habia hecho un gran mal: estaba á media pulgada del abismo, y no habia caido en él. Pero cuando el frio del agua comenzó á penetrarme, eché de ver que no habia salido tan bien librado como crei al principio; porque sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me habia roto por encima del codo. Mi guia, que me observaba desde lo alto, y á quien yo llamaba por señas, corrió en busca de algunos salvages; los

cuales, con mucho trabajo, me subieron por medio de unas cuerdas de abedúl, y me llevaron á su cabaña.

No fué este el único riesgo que corrí en Niagara: cuando llegué, me fuí á ver el salto, y rellándome al brazo la brida del caballo, me ladeé para mirar hácia abajo: en esto se movió en las matas vecinas una serpiente de cascabel; espántase el caballo, encabritase, y retrocede acercándose al abismo; yo no podia desenredarme el brazo de las riendas, y el caballo cada vez mas espantado, me arrastraba tras sí. Ya no tocaba la tierra con las manos, y puesto al borde del abismo, sosteniase solo por la fuerza de las ancas. No habia remedio para mí, cuando el animal, aterrado él mismo por el nuevo peligro, hizo el último esfuerzo; y dando una huida, saltó á diez pies de la orilla.

Solo tenia una ligera fractura en el brazo, y de consiguiente bastaron para mi curacion dos tablillas, un vendaje y un cabestrillo. Mi holandés no quiso pasar mas adelante: le pagué, se volvió á su casa, y yo hice un nuevo ajuste con unos canadienses de Niagara, que tenian una parte de su familia en San Luis de los Ilineses sobre el Mississipí.

El manustrito presenta aquí una idea general de los lagos del Canadá.

LAGOS DEL CANADA.

Las aguas sobrantes del lago Erié, despues de haber formado la catarata de Niagara, van á parar al

lago Ontario. En las orillas de éste encuentran los indios el bálsamo blanco en el abeto, el azúcar en el arce, el nogal y el cerezo de monte; el tinte rojo en la corteza de la perusa, el techo para sus cabañas en la del álamo blanco, el vinagre en los rojos racimos del vinagrero, la miel y el algodon en las flores del espárrago silvestre; el aceite para los cabellos en el girasol, y una panacea para las heridas en la *planta universal*. Los europeos han reemplazado estos dones de la naturaleza con las producciones del arte; pero los salvages han desaparecido.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia. Las naciones que poblaban sus orillas fueron esterminadas por los iroqueses hace dos siglos, y en seguida infestaron aque los sitios algunas hordas errantes, que no se atrevian á permanecer en ellos.

Es espantoso el ver á los indios engolfarse en unas diminutas canoas formadas de cortezas de árboles en aquel lago donde son tan terribles las tormentas. Suspenden sus manitús á la popa de las canoas, y por entre los torbellinos de nieve se lanzan enmedio de las alborotadas olas, que levantadas al nivel de las aberturas de las canoas, ó pasando sobre ellas, parece que van á tragárselas. Los perros de los cazadores, apoyando las patas sobre los costados, lanzan lastimeros ahullidos, al paso que sus amos, en profundo silencio, baten las olas á compas con los canaletes. Las canoas avanzan formadas en fila: á la proa de la primera está de pie un gefe, que repite el monosílabo OAH, la primera vocal sobre una nota aguda y breve, la segunda en un punto grave y largo: en la última canoa hay otro gefe que maneja un gran remo en forma de timon: los otros guerreros están sentados con las piernas cruzadas en el fondo de las canoas. Al través de la niebla, de la nieve y de

las olas, solo se descubren las plumas que adornan las cabezas de aquellos indios, el prolongado cuello de los perros que ahullan, y los hombros de los dos sachems, el piloto y el agorero, que parecen los dioses de aquellas aguas.

El lago Erié es tambien famoso por sus serpientes. Al Oeste de este lago, desde las islas de las Culebras hasta las costas del continente: en un espacio de mas de veinte millas, se estienden unos anchos nenufares, cuyas hojas en verano están cubiertas de serpientes entrelazadas unas con otras. Cuando heridos por los rayos del sol empiezan á moverse aquellos reptiles, se ven girar sus anillos de azul, oro, púrpura y ébano; y en aquellos horribles nudos, doble y triplemente formados, solo se distinguen ojos centellantes, lenguas harpadas, bocas de fuego, colas armadas de aguijones, ó cascabeles que agitan en el aire como látigos. Un silbido continuo, y un ruido semejante al que forma la hojarasca seca de una selva, salen continuamente de aquel impuro Cocito.

El estrecho que dá paso del lago Huron al Erié, es célebre por sus sitios umbrosos y sus prados. El lago Huron abunda en pesca: cógense en él el artikamego y truchas que pesan doscientas libras. La isla de Matimulin era famosa, y contenia los restos de la nacion de los ontawais, que, segun los indios, descendian del gran Castor. Se ha notado que el agua del lago Huron y la del Michigan suben durante siete meses, y bajan en la misma proporcion durante otros siete: todos aquellos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensibles.

El lago Superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46° y los 50° de latitud Norte, y nada menos de 8° entre los 87 y 95° de latitud Oeste del meridiano de París; es decir, que este mar interior tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas

de largo, con unas seiscientas de circunferencia.

Cuarenta rios depositan sus aguas en aquel inmenso receptáculo: entre ellos son muy considerables el Allinipigon y el Michipicroton: este último nace en las inmediaciones de la bahía de Hudson.

Adornan el lago algunas islas, y entre otras la de Maurepas, en la costa septentrional, la de Pontchartrain en la oriental, la de Minong hácia la parte meridional, y la del Grande-Espiritu, ó de las Almas, al Occidente: ésta bastaria para formar el territorio de un estado en Europa; porque tiene treinta y cinco leguas de largo y veinte de ancho.

Los cabos mas notables del lago son: la punta de Kioucounan, especie de istmo que se introduce dos leguas en las olas; el cabo Minabeaujou, que parece un faro; el cabo de Tonnerre, inmediato á la ensenada del mismo nombre, y el cabo Rochedebout, que se levanta perpendicularmente sobre la playa como un obelisco truncado.

La costa meridional del lago Superior es baja, arenosa y desabrigada; las septentrionales y orientales son al contrario montañosas, y presentan una sucesion de rocas cortadas á pico. El mismo lago está abierto en la roca; y al través de sus verdosas y trasparentes aguas, se descubren á treinta y cuarenta pies de profundidad unas masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parecen recien cortadas por la mano del cantero. Cuando el viagero dejando derribar su canoa, mira asomado sobre la borda la cresta de las montañas submarinas, no puede gozar largo tiempo de aquel espectáculo, porque se turban sus ojos y se siente desvanecer.

Asombrada la imaginacion al ver aquel gran receptáculo de las aguas, se engrandece con el espacio. Los indios, guiados por el instinto comun de todos los hombres, atribuyen la formacion de aquel

inmenso depósito á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, con lo cual añaden á la admiracion que inspira la vista del lago Superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

Aquellos salvages han venido á parar á hacer de este lago el objeto principal de su culto, por el aire de misterio que la naturaleza ha querido dar á una de sus obras mas grandes. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares: sus aguas, en los mas grandes calores del verano, están frias como la nieve á medio pie de la superficie; y estas mismas aguas raras veces se hielan en los rigurosos inviernos de aquellos climas, aun cuando los mares están helados.

Las producciones de la tierra varian alrededor del lago, segun la diferencia de los terrenos; sobre la costa oriental solo se ven selvas de arces raquíticos y encorvados, que crecen casi horizontalmente en la arena; al Norte, y donde quiera que la peña viva deja algun espacio á la vegetacion en la ladera de algun valle, se descubren matorrales de groselleros sin espinas, y guirnaldas de una especie de vid que dá un fruto semejante á la frambuesa, pero de un color rosado mas pálido; y se levantan á trechos algunos pinos aislados.

Entre los muchos sitios pintorescos que presentan estas soledades, hay dos que llaman particularmente la atencion.

Entrando en el lago Superior por el estrecho de Santa María, se ven á la izquierda unas islas que forman un semicirculo, y que plantadas todas de árboles floridos, semejan á unos ramilletes puestos en el agua; á la derecha penetran entre las olas los cabos del continente: los unos están cubiertos de una especie de musgo, cuya verdura forma un bello contraste con el hermoso azul del cielo y de las ondas;

los otros, formados de una arena roja y blanca, parecen en el azulado fondo del lago á los anaqueles de una obra de taracea. Entre aquellos cabos largos y pelados, se mezclan grandes promontorios poblados de árboles, que se reflejan invertidos en el cristal del fondo. A trechos se ven tambien algunos árboles unidos que forman una cortina sobre la costa, y otros aislados aquí y allá, como una especie de alamedas, cuyos árboles separados, ofrecen unos puntos de óptica maravillosos. Las plantas, las rocas y los colores, disminuyen sus proporciones ó cambian de matiz á medida que el paisage se aparta ó se aproxima á la vista.

Aquellas islas al Mediodia, y aquellos promontorios al Oriente, inclinándose unos á otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta rada, cuyas aguas permanecen tranquilas cuando conmueve la tempestad las otras regiones del lago. Allí juguetean millares de peces y aves acuáticas; el ánade negro del Labrador se posa en la punta de un escollo, y las olas rodean con festones de blanca espuma aquel enlutado solitario; los cuervos marinos, ora se sumergen, ora vuelven á aparecer de pronto, para sumergirse de nuevo bajo la superficie de las aguas; el ave de los lagos se cierne sobre las olas, y el martin-pescadoragita rápidamente sus azuladas olas para fascinar su presa.

Mas allá de las islas y promontorios que cierran esta rada en la desembocadura del estrecho de Santa Maria, descubre la vista las inmensas y fluidas llanuras del lago. La inmoble superficie de aquellas llanuras se eleva y se pierde gradualmente en el espacio; y los cambiantes que forma pasan gradualmente del verde de esmeralda al azul bajo, despues al ultramar, y luego al subido turquí. Cada una de estas tintas se confunde con la que las sigue, y la última termina

el horizonte, en donde se junta con el cielo por una zona azulada.

Este sitio, sobre el mismo lago, es propiamente un paisage de verano, y debe gozarse cuando la naturalezá está tranquila y risueña; el segundo es por el contrario un pais de invierno, y exige una estacion borrascosa y desnuda.

Cerca del rio Allinipigon se levanta una roca enorme y aislada que domina el lago. Al Occidente se estiende una cordillera de rocas, unas tendidas y otras plantadas en el suelo; estas hendiendo el aire con sus áridos picos, aquellas con sus redondas cumbres; sus laderas verdes, rojas y negras, retienen la nieve en sus grietas, mezclando así la blancura del alabastro al color de los granitos y de los pórfidos.

Allí crecen algunos de esos árboles de forma piramidal, que la naturaleza mezcla en sus magníficos edificios y en sus vastas ruinas, como las columnas de sus monumentos. El pino se levanta sobre los plintos de las rocas, y de sus cornisas se desprenden tristemente algunas plantas herizadas de témpanos de hielo; de modo que parece se están viendo las ruinas de una ciudad en los desiertos del Asia: monumentos pomposos, que habiendo dominado los bosques antes de su caida, llevan ahora otros bosques sobre sus desplomadas cúpulas.

Detrás de la cadena de rocas que acabo de describir, se abre como un surco un estrecho valle, por cuyo centro pasa el rio del Sepulcro. Este valle solo ofrece en verano un musgo flojo y amarillento, y algunos surcos de hongos de diversos colores, que designan los intersticios de las rocas. Durante el invierno no puede descubrir el cazador en esta soledad cubierta de nieve, las aves y los cuadrúpedos pintados con el color blanco de las escarchas, sino por los picos colorados de las primeras, y los negros hocicos

y ojos sanguinolentos de los segundos. Al estremo del valle, y á gran distancia, se descubre la cima de los montes hiperbóreos, en donde ha colocado Dios el orígen de los cuatro rios mas grandes de la América septentrional. Nacidos en una misma cuna, siguen un curso de mil doscientas leguas, y van á depositar sus aguas en cuatro Océanos, en los cuatro puntos del horizonte: el Mississipí se pierde al Mediodía en el golfo Mejicano; el San Lorenzo se precipita al Levante en el Atlántico; el Ontawis desagua al Norte en los mares del polo, y el rio del Oeste lleva al Poniente el tributo de sus ondas al Océano de Nontouka (1).

Despues de esta idea de los lagos sigue un principio de diario, que solo contiene la indicacion de las horas.

DIARIO SIN FECHA.

Brilla sobre mi cabeza un cielo puro, y un agua limpia bajo mi canoa, que huye al impulso de una ligera brisa. A mi izquierda se elevan unas colinas que parecen cortadas á pico, flanqueadas de rocas, de donde penden convólvulos de flores blancas y azules, guirnaldas de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxátiles de todos colores; á mi derecha se estienden vastas praderas. A medida que la canoa avanza, vénse nuevas escenas, y se presentan nuedos puntos de vista: ya se descubren valles solitarios y risueños, ya colinas peladas; aquí los sombríos pórticos de una selva de cipreses; allá un ligero bosque de arces, por donde juguetean los rayos del sol como al través de un delicado encage.

(1) Esta era la geografia errónea de aquel tiempo: la del dia es muy distinta.

¿Te encuentro al fin, libertad primitiva? Paso como ese pájaro que vuela delante de mí, sin direccion fija, y que en nada tiene que ocuparse sino en la eleccion de las umbrias. Héme aquí tal como me crió el Omnipotente: soberano de la naturaleza, llevado en triunfo sobre las aguas, mientras los habitantes de los rios acompañan mi carrera, los pueblos del aire me cantan sus himnos, las bestias de la tierra me saludan, y las selvas inclinan su cima á mi tránsito. El sello inmortal de nuestro orígen, ¿está grabado sobre la frente del hombre de la sociedad, ó sobre la mia? Corred á encerraros en vuestras ciudades; id á someteros á vuestras mezquinas leyes; ganad el pan con el sudor de vuestras frentes, ó devorad el pan del pobre; degollaos por una palabra, por un amo; dudad de la existencia de Dios, ó adoradle bajo formas supersticiosas: yo prefiero vagar por mis soledades, donde ni uno solo latido de mi corazon será oprimido, ni un solo de mis pensamientos encadenado: seré libre como la naturaleza, y no reconoceré mas soberano que el que encendió la llama de los soles, y con un solo impulso de su mano hizo girar todos los mundos (1).

A las siete de la tarde.

Atravesado el rio, hemos seguido el brazo del Sudoeste, buscando á lo largo del canal una ensenada en donde poder desembarcar. Hemos entrado en un

(1) Espero se me perdone el haber conservado estas cosas propias de la juventud.

ancon que se mete bajo un promontorio, sobre el cual se ve un bosquecillo de tulipanes. Habiendo sacado la canoa á tierra, unos se han ido á buscar leña para encender lumbre, otros se han puesto á armar la choza; yo he tomado la escopeta, y me he internado en el bosque inmediato.

Apenas hube andado cien pasos, cuando descubrí una manada de pavos que estaban comiendo bayas de helecho y frutos de espino. Estas aves son muy diferentes de las de su raza que se han naturalizado en Europa: son mas grandes, el plumage de color de pizarra, con cambiantes en el cuello y en la espalda, y rojo cobrizo en las puntas de las alas: colores, que segun los reflejos de la luz, suelen brillar como el oro bruñido. Estos pavos silvestres se reunen frecuentemente en grandes manadas. Por la noche se posan en las copas de los árboles mas elevados, desde donde hacen resonar por la mañana sus repetidos gritos: un poco despues de salir el sol cesa su clamoreo, y bajan á las selvas.

Hemos madrugado mucho para partir con el fresco; se han vuelto á embarcar los bagages y nos hemos dado á la vela. Por ambos lados teniamos tierras elevadas, que forman una selva continuada, cuyo follage ofrecia todos los matices imaginables: la rojiza escarlata, el amarillo sobre el fondo de oro brillante, el oscuro cerrado sobre el oscuro claro, el verde, el blanco, el azul, lavados en mil tintas mas ó menos fuertes y brillantes: veíase junto á nosotros toda la variedad del prisma; y á lo lejos, en las sinuosidades del valle mezclábanse y se perdian los colores sobre un fondo aterciopelado. Los árboles armonizaban tambien sus formas: los unos se desplegaban en forma de abanico, otros se elevaban en figura de cono, estos se redondeaban como esferas, aquellos estaban cortados en forma de pirámides; mas es preciso contentarse con gozar de este espectáculo, sin tratar de describirlo.

A las diez de la mañana.

Hacemos muy poco camino. La brisa ha cesado de soplar, y el canal comienza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

A medio dia.

No es posible subir mas con una canoa; ahora hemos de viajar de otro modo: vamos á sacar á tierra la canoa, á tomar las provisiones, las armas y las pieles para abrigarnos por la noche, y á internarnos en los bosques.

A las tres de la tarde.

¿Quién podrá esplicar la sensacion que se esperimenta al penetrar en estas selvas tan antiguas como el mundo, que bastan por sí solas para dar una idea de la creacion, tal como salió de las manos de Dios? Cayendo el sol al través de un espeso follage, esparce por el centro de los bosques una luz templada, cambiante y trémula, que dá á los objetos una magnitud fantástica. Por do quiera se encuentran árboles derribados, sobre los cuales se elevan otras generaciones de árboles. En vano busco una salida en estas soledades: engañado por una luz mas viva, avanzo al través de las yerbas, las ortigas, los musgos, las lianas y el espeso mantillo compuesto de despojos de los vegetales; pero solo encuentro un claro formado por algunos pinos que han caido. La selva se hace muy pronto mas sombría: la vista no descubre sino troncos de encinas y de nogales, que se suceden unos

á otros, y que parece se estrechan mas y mas al paso que se alejan: la idea del infinito asaltó á mi entendimiento.

A las seis.

Habia yo percibido de nuevo cierta claridad, y me habia dirigido hácia ella. Héme ya en el punto de la luz, mas melancólico aun que las selvas que le rodean: este campo es un antiguo cementerio indiano. Pueda yo descansar un instante en esta doble soledad de la muerte y de la naturaleza: ¿en qué asilo mejor podria yo dormir eternamente?

A las siete.

No pudiendo salir de estos bosques, nos hemos acampado. El reververo de nuestra hoguera se estiende á lo lejos: iluminado el follage por el rojizo resplandor, presenta un aspecto ensangrentado, los troncos de los árboles inmediatos se elevan como unas columnas de granito rojo; pero los mas distantes, bañados apenas por la luz, semejan en los puntos retirados del bosque á pálidos fantasmas, colocados en círculo á la orilla de una noche profunda.

A media noche.

El fuego empieza á apagarse, y disminúyese el círculo de su luz. Escucho: una calma formidable pesa sobre estas selvas; parece que un silencio sucede á otro silencio: en vano trato de oir algun ruido que descubra la vida en este sepulcro universal. Pero ¿de dónde nace ese suspiro? de uno de mis compañeros: gime, aunque está soñando. Tú vives sin duda, pues que padeces: ¡hé aquí al hombre!

A las doce y media de la noche.

La calma continúa; pero el árbol decrépito se rompe y viene al suelo. Braman las selvas; levántanse mil voces; amortíguanse muy pronto los ruidos, y mueren en unas distancias casi imaginarias, el silencio invade de nuevo el desierto.

A la una de la madrugada.

Levántase viento: corre sobre la cima de los árboles, y los sacude al pasar sobre mi cabeza. Ahora es como la ola del mar que se estrella tristemente sobre la costa.

Unos ruidos han despertado á otros: toda la selva es armonía. ¿Son tal vez los sonidos graves del órgano los que escucho, al paso que otros sonidos mas ligeros se agitan en las bóvedas de verdura? Un corto silencio sucede; vuelve á empezar de nuevo la música aérea; escúchanse por do quiera dulces quejas, murmullos que encierran en sí mismos otros murmullos; cada hoja habla un lenguage diferente, cada yerbecilla entona una nota particular.

Resuena una voz estraordinaria: es la de aquella rana que imita los bramidos del toro. Los murciélagos colgados de las ramas, hacen oir su monótono chillido por todos los ángulos de la selva: parece un clamoreo contínuo ó la fúnebre vibracion de una campana. Todo nos conduce á alguna idea de la muerte; porque esta idea se halla en el fondo de la vida.

A las diez de la mañana.

Hemos seguido nuestro camino: habiendo bajado á un valle inundado, unas ramas de roble tendidas de una junquera á otra, nos han servido de puente

para atravesar los marjales. Estamos preparando la comida al pie de una colina cubierta de maleza, que no tardaremos en escalar para descubrir el rio que buscamos.

A la una de la tarde.

Hemos vuelto á emprender la marcha; las ortegas nos prometen para esta noche una buena cena.

El camino se va haciendo escarpado; y muy raros los árboles; unos matorrales resbaladizos cubren el flanco de la montaña.

A las seis.

Hénos ya en la cumbre: á nuestros pies solo se descubren las copas de los árboles. Algunas rocas aisladas salen de aquel mar de verdura como los escollos que se elevan sobre la superficie de las aguas. El esqueleto de un perro colgado á una rama de abeto, anuncia el sacrificio indiano ofrecido al genio de este desierto. Un torrente se precipita á nuestros pies, y va á perderse en un riachuelo.

A las cuatro de la mañana.

La noche ha sido apacible. Nos hemos decidido á volver á nuestro bote; porque no tenemos esperanza de encontrar camino en medio de estos bosques.

A las nueve.

Hemos almorzado bajo un viejo sauce cubierto de convólvulos y setas. A no ser por los mosquitos, este sitio seria muy delicioso; hemos tenido que hacer una grande humareda de leña verde para ahuyentar á nuestros enemigos. Los guias han anunciado la visita de algunos viageros, que podian estar aun á dos horas de camino del parage en que nos encontrábamos. Esta finura de oido es prodigiosa. Hay indio, que puesto el oido en el suelo, oye los pasos de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia. Con efecto, al cabo de dos horas hemos visto llegar una familia de salvages, la cual nos ha dado el grito de bien venida, á que hemos contestado muy alegres.

Al medio dia.

Nuestros huéspedes nos han manifestado que hacia dos dias que nos oian; que sabian que éramos *carnes blancas*, porque el ruido que haciamos al andar era mas considerable que el que hacen las carnes rojas. Pregunté yo la causa de esta diferencia, y me contestaron que consistia en el modo de romper las ramas para abrirse camino. Los blancos revelan tambien su raza por la pesadez de sus pasos: el ruido que produce no aumenta progresivamente: el europeo gira por los bosques; el indio camina en línea recta.

La familia indiana se compone de dos mugeres, un niño y tres hombres. Habiéndonos dirigido juntos al bote, hemos encendido un gran fuego en la orilla del rio. Reina entre todos nosotros una recíproca benevolencia. Las mugeres han dispuesto la cena, compuesta de truchas asalmonadas, y una gruesa pava. Nosotros los *guerreros*, fumamos y platicamos juntos. Mañana nos ayudarán nuestros huéspedes á trasportar la canoa á un rio, que solo dista cinco millas del parage en que nos encontramos.

Aquí acaba el diario. Una página suelta que se encuentra á continuacion nos trasporta en medio de los Apalaches. Hé aquí su contenido:

Estos montes no son, como los Alpes y los Pirineos, unas montañas hacinadas con regularidad unas sobre otras, y cuyas cumbres cubiertas de nieve, penetran en las nubes. Al Oeste y al Norte semejan á unos muros perpendiculares de algunos miles de pies de elevacion, desde lo alto de los cuales se precipitan los rios que caen en el Ohío y en el Mississipí. En esta especie de gran quebradura se descubren algunos senderos que serpentean como los torrentes en medio de los precipicios. Estos senderos y estos torrentes están adornados de una especie de pino, cuya copa es de color verde-mar, y el tronco, casi de lila, está sembrado de manchas oscuras, producidas por un musgo raso y negro.

Mas del lado del Sur y del Este los Apalaches casi no pueden llamarse montes; porque sus cimas van descendiendo gradualmente hasta la ribera del Atlántico, en cuyo terreno vierten otros rios que fecundan unas selvas de encinas, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, magnolias y otras mil especies de arbustos de flores.

Despues de este corto fragmento sigue un trozo bastante estenso sobre el curso del Ohío y del Mississipí desde Pittsburgo hasta los Natchez. Esta narracion empieza por la descripcion de los monumentos del Ohío. En el *Genio del Cristianismo* se encuentra un pasage y una nota sobre estos monumentos; pero lo que he escrito en aquel pasage y en aquella nota difiere en muchos puntos de lo que digo aqui (1).

(1) Despues de haber escrito esta disertacion, algunos sábios y varias sociedades arqueológicas americanas han publicado *Memorias sobre las ruinas del Ohio*, cuyos escritos son curiosos bajo dos aspectos.

1.° Recuerdan las tradiciones de las tribus indianas: dichas tribus dicen todas que vinieron del Oeste á las riberas del Atlántico uno ó dos siglos (segun puede juzgarse) antes del descubrimiento de la América por los europeos; que en sus largas marchas tuvieron que pelear con muchos pueblos, particularmente en las riberas del Ohío, etc.

2.° Las *Memorias* de los sabios americanos mencionan el descubrimiento de algunos ídolos encontrados en los sepulcros, los cuales tienen un carácter puramente asiático. Es indudable que un pueblo mucho mas civilizado que los actuales salvages de la América, floreció en los valles del Ohío y del Mississipí. Mas ¿cuándo y como dejó de existir? Esto es lo que acaso no se sabrá jamás. Las *Memorias* de que hablo son poco conocidas, y merecen serlo. Se encuentran en el periódico titulado: *Nuevos anales de los Viages*.

Figúrese el lector unos restos de fortificaciones ó monumentos, que ocupan una estension inmensa, y en los cuales se notan cuatro especies de obras: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas y *tumuli*. Los bastiones, las lunas y las medias lunas, son de forma regular, los fosos anchos y profundos, los atrincheramientos están hechos de tierra con parapetos en plano inclinado; pero los ángulos de los glacis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben como el paralelógramo en el polígono.

Los tumuli son unos sepulcros de forma circular, y habiéndose abierto algunos de ellos, se ha encontrado en el interior un ataud formado de cuatro piedras, en el cual se conservaban huesos humanos. Sobre este ataud descansaba otro que contenia tambien un esqueleto, y así sucesivamente hasta lo alto de la pirámide, que podia tener de veinte á treinta pies de elevacion.

Estas construcciones no pueden ser obra de las actuales naciones de América; porque los pueblos que las levantaron, debian tener un conocimiento de las artes superior al de los mismos mejicanos y peruanos.

¿Deberán atribuirse estas obras á los europeos modernos? yo solo encuentro á Fernando de Soto que haya penetrado antiguamente en las Floridas, y aun éste no llegó nunca mas allá de un pueblo de chicasas, situado en uno de los brazos del Mobile; y por otra parte, con un puñado de españoles, ¿cómo y con qué objeto hubiera podido remover toda aquella tierra?

¿Será tal vez que en otro tiempo los cartagineses y los fenicios, cuando hacian su comercio alrededor del Africa y á las islas Cassitérides, fueron arrojados á las regiones americanas? Pero antes de internarse mas hácia el Oeste, debieron establecerse sobre las costas del Atlántico; y entonces, ¿cómo es que no se encuentra la menor huella de su tránsito por la Virginia, las Georgías y las Floridas? Además, ni los fenicios ni los cartagineses enterraban á sus muertos como lo están los de las fortificaciones del Ohio. Los egipcios lo hacian de un modo semejante; pero las momias estaban embalsamadas, y las de las tumbas americanas no lo están: y no se diga que les faltarian los ingredientes necesarios; porque las gomas, las sales, la resina y el alcanfor se hallan aquí por todas partes.

¿Habrá tal vez existido la Atlántida de Platon? ¿Estaria la Africa unida con la América en siglos desconocidos? Como quiera que sea, no puede dudarse que ha existido en aquellos desiertos una nacion ignorada y superior á las generaciones indianas de la actualidad. Mas ¿qué nacion era esta? ¿qué revolucion la destruyó? ¿Cuándo se verificó este acontecimiento? Cuestiones no son estas que nos lanzan en esa inmensidad del pasado, donde los siglos se abisman como sueños.

Las obras de que hablo se hallan á la embocadura del gran Miamis, en la del Muskingum, en el *Ancon del Sepulcro*, y en uno de los brazos de Scioto: las que rodean la orilla de este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino, bajando hácia el Ohio. En el Kentucky, á lo largo del Teneso, y en el pais de los siminoles, apenas puede darse un paso sin descubrir algunos restos de estos monumentos.

Los indios todos convienen en decir que cuando sus padres vinieron del Oeste, encontraron las obras del Ohio en el mismo estado en que se ven hoy dia. Pero la época de esta emigracion de los indios del Occidente al Oriente, varía segun las naciones. Los chicasas, por egemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones hace solo dos siglos: emplearon siete años en su viage, marchando solo una vez cada año, y llevándose algunos caballos que habian robado á los españoles, ante los cuales se retiraban.

Otra tradicion pretende que las obras del Ohio hayan sido levantadas por los indios *blancos*. Estos *blancos*, segun los indios *rojos*, debieron venir del Oriente; y cuando dejaron el lago sin riberas (el mar), iban vestidos como los carnes blancas del dia.

Acerca de esta confusa tradicion se cuenta que hácia el año de 1170, Ogan, príncipe del pais de Gales, ó su hijo Madoc, se embarcó con un gran número de vasallos suyos (1), y que aportó á unos paises desconocidos hácia el Occidente. Pero ¿es posible imaginar que los descendientes de aquellos galos hubiesen querido construir las obras del Ohio, y que al mismo tiempo, habiendo perdido todas las artes, se viesen reducidos á un puñado de guerreros errantes por los bosques como los demás indios?

Se ha pretendido tambien que en las fuentes del Missouri existen unos pueblos numerosos y civilizados; que viven en recintos militares semejantes á los

(1) Es una alteracion de las tradiciones islandesas, y de las poéticas historias de las Sagas.

de las orillas del Ohío; que estos pueblos se sirven de caballos y de otros animales domésticos; que tienen ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (1).

La tradicion religiosa de los indios sobre los monumentos de sus desiertos, no se conforma con su tradicion histórica. En medio de dichos edificios, dicen ellos, existe una caverua, que es la del Grande espíritu, el cual crió en ella á los chicasas. El pais estaba entonces cubierto de agua; y habiéndolo notado el Grande espíritu, levantó unas murallas de tierra para poner á secar encima á los chicasas.

Pasemos á la descripcion del curso del Ohío. Este rio se forma por la reunion del Monongahela y el Alleghany: el primero de estos rios nace al Sur en los montes Azules ó Apalaches; el segundo en otra cadena de estos montes al Norte, entre los lagos Erié y Ontario, comunicándose con el primero por medio de un pequeño brazo. Los dos rios se reunen mas abajo del fuerte, llamado en otro tiempo de Duquesne, y hoy fuerte Pitt, ó Pittsburgo: su confluente está al pie de una elevada colina de carbon de piedra; y confundidas sus aguas, pierden sus nombres, que ya no son conocidos sino con el de Ohío, el cual significa, y le cuadra muy bien, *rio Hermoso*.

Mas de sesenta arroyos acrecen con sus caudales este rio: los que bajan del Este y del Mediodía, nacen

(1) En el dia son conocidas las fuentes del Missouri, y en aquellas regiones solo se han encontrado salvages. Tambien debe colocarse entre el número de las fábulas aquella historia de un templo, donde se encontró una Biblia que solo podian leer unos indios blancos que poseian el templo, y habian perdido el uso de la escritura. Por lo demas, la colonizacion de los rusos al Noroeste de la América, pudo muy bien dar origen á estas ideas de un pueblo blanco establecido cerca de las fuentes del Missouri.

en las alturas que separan las aguas tributarias del Atlántico, de las que bajan al Ohío y al Mississipí; las que tienen su nacimiento en el Oeste y el Norte se precipitan de las colinas, cuyas dobles vertientes alimentan los lagos del Canadá, y los rios Mississipí y Ohío.

El espacio recorrido por este último, ofrece en su conjunto un anchuroso valle rodeado de colinas de igual altura; pero en sus pormenores, y cuando se viaja siguiendo el curso de las aguas, ya presenta diverso aspecto.

No hay cosa mas pingüe que las tierras que riega el Ohío, las cuales producen en ambas riberas selvas de pinos, laureles, mirtos, arces de azúcar, y encinas de cuatro especies: los valles producen nogales, mustacos y fresnos; en los marjales crecen el abedúl, el povo, el chopo y el ciprés. Los indios hacen telas de la corteza del chopo, y se comen la segunda del povo; emplean la sávia de la frangula para curar la calentura y ahuyentar las serpientes; la encina les proporciona flechas y el fresno canoas.

Las yerbas y las plantas son muy variadas; pero las que cubren todos los campos son la yerba del búfalo de siete á ocho pies de alto, el trébol, la ballueca ó arroz silvestre, y el añil.

Bajo una superficie fértil, á cinco y seis pies de profundidad, se encuentra generalmente un lecho de piedra blanca, base de un escelente mantillo; y sin embargo, al aproximarse al Mississipí se halla primero en la superficie del suelo una tierra fuerte y negra, luego una capa de greda de diversos colores, y despues bosques enteros de cipreses sumergidos en en el fango.

A la orilla del Chanon, á doscientos pies bajo del agua, se han visto, segun dicen, algunos caractéres trazados en las paredes de un precipicio, y de aquí

se ha inferido, que en otro tiempo corria el agua á aquel nivel, y que algunas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

Un cambio súbito de temperatura y de clima se nota en el Ohio. En las inmediaciones del Canaway ya no se ven cipreses ni salsafras, multiplicándose las selvas de encina y de olmos. Todo toma un color diferente; los verdes son mas subidos, y sus matices mas pálidos.

En este rio no hay, por decirlo así, mas que dos estaciones; las hojas caen de repente por noviembre; siguen inmediatamente las nieves, empieza á soplar el Noroeste, y reina el invierno. Un frio seco continúa con un cielo puro hasta el mes de marzo; entonces se vuelve el viento al Nordeste, y en menos de quince dias aparecen llenos de flores los árboles que estaban cubiertos de escarcha, y se confunde el verano con la primavera.

La caza es abundante. Los ánades, las pardillas azules, los cardenales, los gilgueros de color de púrpura ostentan sus matices entre la verdura de los árboles, el pájaro *wheb-shaw* imita el ruido de la sierra, el pájaro-gato maulla, y los loros que aprenden algunas palabras alrededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Muchas de estas aves viven de insectos: la oruga verde de tabaco, el gusano de una especie de moral blanco, las moscas brillantes y las tejederas, constituyen principalmente su alimento; pero los loros se reunen en grandes bandadas, y devastan los sembrados; de modo que por cada cabeza de estas aves se dá un premio igual al señalado por las cabezas de ardilla.

En el Ohio se cogen con corta diferencia los mismos peces que en el Mississipí. Es muy comun sacar truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una

especie de sollo, cuya cabeza se parece á la pala de un canalete.

Siguiendo hácia abajo el curso del Ohio se ve un riachuelo llamado el Lic de los grandes huesos. Llaman lic en América á unos bancos de tierra blanca gredosa, que los búfalos lamen con mucho gusto surcándolos con la lengua. Los escrementos de aquellos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen pedazos de cal. Los bufalos buscan los lics á causa de las sales que contienen, las cuales curan á los animales rumiantes de los retortijones que les causan las yerbas que no están maduras. Sin embargo, las tierras del valle del Ohio lejos de ser saladas, son por el contrario muy insípidas.

El lic del rio del Lic es uno de los mayores que se conocen; los grandes caminos qne los búfalos han abierto al traves de las yerbas para dirigirse á él, serian temibles si no se supiese que estos toros silvestres son los mas pacíficos de todos los animales. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un mamouth: el hueso de la pierna pesaba setenta libras, las costillas tenian en su curbatura siete pies, y la cabeza tres pies de largo; los dientes molares eran de cinco pulgadas de ancho y ocho de alto, y los colmillos de catorce pulgadas desde la raiz hasta la punta.

Iguales despojos se han encontrado tambien en Chile y en Rusia. Los tártaros pretenden que el mamouth existe aun en su pais en las embocaduras de los rios; y se asegura tambien que unos cazadores le persiguieron al Oeste del Mississipí. Si la raza de estos animales ha perecido, como parece probable, ¿cuándo se ha verificado esta destruccion en paises tan diversos y climas tan diferentes? ¡Nada sabemos, y sin embargo cada dia pedimos á Dios cuenta de sus obras!

El Lic de los grandes huesos se halla á cerca de treinta millas del rio de Kentucky, y á ciento ocho de los Saltos del Ohío. Las orillas del Kentucky están cortadas á pico como unos muros. Se notan en este parage un camino hecho por los búfalos, que baja de lo alto de la colina, fuentes de betun que puede arder como el aceite, grutas adornadas de columnas naturales, y un lago subterráneo, que se estiende á distancias desconocidas.

En la confluencia del Kentucky y del Ohío despliega el paisage una pompa estraordinaria: vense allí manadas de corzos, que encaramados en la punta de una roca, observan al viagero que pasa por los ríos; aquí se proyectan horizontalmente por las aguas bosquecillos de pinos seculares; llanuras risueñas se estienden hasta perderse de vista, al paso que las selvas ocultan como grandes cortinas, la falda de algunos montes, cuya cumbre se descubre á lo lejos.

Tan magnífico pais se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su rio que significa *rio de Sangre*; nombre funesto debido á su misma belleza: por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los cheroqueses y las iroquesas, se disputaron la caza de las riberas de este rio, y ninguna tribu indiana osaba fijarse en este campo de batalla: los sawanoes, los miamises, los piankiciawoes, los wayoes los kaskasias, los delawares, los illineses, venian alternativamente á pelear; y hasta el año 1752 no empezaron los europeos á saber algo de positivo sobre los valles situados al Oeste de los montes Alleghany, llamados al principio *montes Endless* (sin fin), ó *Kittaniny ó montes Azules*. Sin embargo; Charlevois habia hablado ya en 1720 del curso del Ohío; y el fuerte de Duquesne, en el dia fuerte Pitt (Pitts-Burgh) habia sido trazado en el punto de la confluencia de los dos rios que forman el Ohío. En 1752 publicó

Luis Evant un mapa del pais situado á las orillas del Ohío y el Kentucky, Jacobo Machrive hizo una incursion por aquel desierto en 1754; Jones Finley penetró en él en 1757, y el coronel Boone le descubrió enteramente en 1769, y se estableció allí con su familia en 1775. Se pretende que el doctor Wood y Simon Venton fueron los primeros europeos que bajaron por el Ohío en 1773, desde el fuerte Pitt hasta el Mississipí. El orgullo nacional de los americanos los lleva á atribuirse el mérito de la mayor parte de los descubrimientos al Occidente de los Estados-Unidos, mas no debe olvidarse que los franceses del Canadá y de la Luisania, llegando por el Norte y Mediodia, recorrieron estas regiones mucho antes que los americanos que venian del Oriente, y á quienes molestaba en su camino la confederacion de los creeks y los españoles de las Floridas.

Este pais principió á poblarse (en 1791) con las colonias de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, y por algunos desgraciados compatriotas mios que huian de las primeras borrascas de la revolucion.

Pero las generaciones europeas; ¿serán en aquellas riberas mas virtuosas y mas libres que las generaciones americanas que han esterminado? No se verán esclavos cultivando la tierra bajo el látigo de sus amos, en aquellos desiertos en que ostentaba el hombre su independencia? ¿No reemplazarán los calabozos y las horcas á la abierta cabaña y á la elevada encina, donde solo se ven los nidos de las aves? La riqueza del suelo, ¿no dará lugar á nuevas guerras? ¿Dejará de ser el Kentucky la *tierra de la sangre*, y los edificios de los hombres embellecerán las orillas del Ohío mejor que los monumentos de la naturaleza?

Del Kentucky á las Cascadas ó Saltos del Ohío, se cuentan cerca de ochenta millas. Estas Cascadas

las forma una roca que se estiende por bajo del agua en el lecho del rio; pero su pendiente no es difícil ni peligrosa, pues el declive medio no es mas que de cuatro á cinco pies en el espacio de un tercio de legua. El rio se divide en dos canales por unas islas que están agrupadas en medio de las Cascadas. Abandonándose á la corriente, no hay necesidad de alijar los botes, pero es imposible remontarlas sin disminuir el cargamento.

En el punto de los Saltos tiene el rio una milla de ancho. Deslizándose sobre el magnífico canal, la vista se detiene á alguna distancia del Salto, para fijarse en un bosque de olmos adornados de guirnaldas de lianas y de parras.

Al Norte se descubren las colinas del *Ancon de Plata*: la primera de estas colinas se sumerge perpendicularmente en el Ohio, y su escarpe cortado á grandes facetas rojas, está decorado de plantas; otras colinas paralelas, coronadas de selvas, se levantan detras de la primera, y parece que huyen subiendo mas y mas hácia el cielo, hasta que bañada su cumbre por la luz, adquiere el color del cielo, y se desvanecen.

Al Mediodía están las savanas sembradas de arboledas y cubiertas de búfalos, unos tendidos, otros errantes, estos paciendo, aquellos colocados en grupo cabeza con cabeza. En medio de este cuadro las Cascadas, segun están heridas por los rayos del sol, azotadas por el viento, ó sombreadas por las nubes, se levantan en borbotones de oro, forman una nube de blanquísima espuma, ó dejan corren apacibles sus cristalinas aguas.

Mas abajo de las Cascadas hay un islote, donde los cuerpos se petrifican, el cual está cubierto de agua en el tiempo de las inundaciones, y dicen que la virtud petrificante confinada en este pequeño

rincon de tierra, no se estiende á la costa vecina.

Desde las Cascadas hasta la embocadura del Wabash se cuentan trescientas diez y seis millas. Este rio, por medio de un trasporte de nueve millas, se comunica con el Miamis del lago que desemboca en el Erié. Las orillas de Wabash son muy elevadas, y se ha descubierto en ellas una mina de plata.

Noventa y cuatro millas mas abajo de la embocadura de Wabash empieza un bosque de cipreses, desde el cual á los Bancos amarillos, siempre bajando el Ohio, hay cincuenta millas, y se dejan á la izquierda las embocaduras de dos rios, que se hallan á diez y ocho millas uno de otro.

El primero se llama el Cheroqués, ó el Teneso, y sale de los montes que separan las Carolinas y las Georgias de lo que se llaman las tierras del Oeste: al principio corre de Oriente á Occidente al pie de los montes, y esta primera parte de su curso es rápida y tumultuosa: luego se vuelve súbitamente hácia el Norte, y engrosado con muchos afluentes, derrama y retiene sus aguas como para descansar de una fuga precipitada de cuatrocientas leguas. En la desembocadura tiene seiscientas toesas de ancho, y en un parage llamado el Gran-Desvío, presenta una cascada de una legua de estension.

El segundo rio, el Shanawon, ó el Cumberland, es el compañero de Cheroqués ó Teneso. Pasa con él su infancia en los mismos montes, y desciende con él á las llanuras. Hácia la mitad de su carrera, precisado á apartarse del Teneso, recorre unos parages desiertos, y los dos gemelos vuelven á reunirse al fin de su vida, y espiran á poca distancia uno de otro, en el Ohio que los reune.

El pais que riegan estos rios está generalmente cruzado de colinas y valles que refrescan una multitud de arroyuelos: sin embargo, á las orillas del Cum-